

Mosquera como la tierra prometida. Construcción de un paisaje por parte de las comunidades locales de la Sierra de Espadán.

Pablo Vidal-González

Instituto Universitario de Antropología. Universidad Católica de Valencia

1. Introducción

Resulta paradójico hablar de la intervención humana en un espacio natural protegido, como es un Parque Natural, aunque es evidente que la sola declaración de clasificación del mismo ya es una intervención, subrayando el valor de un espacio y poniéndolo como ejemplo a conservar, pero también como lugar a visitar, para disfrutar del contacto con la naturaleza natural, en expresión de Santamarina, principalmente por los habitantes de la ciudad, aquellos que no viven en contacto con el medio que se pretende salvaguardar. En ese sentido, propongo como tema de estudio en las siguientes páginas un espacio especialmente simbólico, como es el valle de Mosquera, en el Parque Natural de la Sierra de Espadán, en Castellón, España. Se trata de un espacio que ha sufrido una fuerte antropización, como señalé en trabajos precedentes, pero que, sin embargo, es un ejemplo de lugar de especial interés botánico y faunístico. El largo proceso de transformación, de modulación, de construcción del paisaje, ha dado como fruto un espacio de especial interés, reconocido por todos los especialistas por el medio natural, así como por los numerosos amantes de la naturaleza, que escogen este sitio como destino de sus visitas.

2. Mosquera y la historia de la explotación del corcho

La Sierra de Espadán es una isla, una excepción, al presentar los únicos bosques mediterráneos de alcornoque de todo el territorio de la Comunidad Valenciana, gracias a los suelos ácidos y areniscos presentes en la zona.

El corcho de Espadán, muy apreciado por los corcho-taponeros, solo puede extraerse del árbol cada doce años. El proceso solo puede realizarse en los meses de mayor calor del año, pues solo entonces el corcho se extrae con facilidad.

Para la extracción es necesario el concurso de especialistas que, con sus hachas y pértigas, separan la corteza, el corcho, que se ha ido formando en el árbol durante los doce años precedentes. Esta "saca" es un proceso difícil en las escarpadas pendientes de la Sierra, obligando a las cuadrillas de sacadores a importantes esfuerzos para acceder a los árboles, realizar la saca y proceder al transporte posterior del corcho hasta un lugar accesible para las caballerías, que todavía se siguen utilizando para el acarreo desde los lugares de extracción hasta zonas en las que se almacena para que un vehículo pueda recogerlo posteriormente.

La utilización de este corcho de los alcornoques ha provocado un interesante fenómeno en la Sierra, pues desde que se inició su explotación, se crea un nuevo colectivo profesional, el de los sacadores, que realizan, como hemos indicado, su actividad durante solo dos o tres meses. Sin embargo, se constituyen como un colectivo de trabajadores de prestigio, cualificados, que

accedían a salarios elevados para realizar las actividades forestales encomendadas. Esta actividad se prolongaba en el tiempo con la necesaria limpieza del sotobosque, que se realizaba en los meses primaverales, previos a la saca, para facilitar el acceso de las cuadrillas.

Una de las consecuencias de todo el proceso de mantenimiento era que el bosque estaba siempre limpio, accesible y preparado, por lo que los incendios eran muy poco habituales. Todos entendían el bosque como propio, como fuente de riqueza, por lo que se evitaba al máximo ponerlo en peligro.

La explotación de estos recursos suberícolas ha permitido la conservación, en muy buenas condiciones, de un importante bosque alcornocal en la Sierra, además de generar puestos de trabajo en el territorio, favoreciendo el mantenimiento de la población en lugares ya de por sí muy mermadas de habitantes por el éxodo que se produjo en los años 60 del pasado siglo. Igualmente, esta actividad extractora favoreció, históricamente, la creación de pequeñas fábricas de tapones de corcho, algunas de ellas originarias de principios de siglo, que se mantienen, subrayando la importancia de esta industria sostenible en el ya de por sí frágil equilibrio económico de la zona.

3. Mosquera como jardín cultivado

Históricamente el corcho fue aprovechado para diversos usos relacionados con la construcción, así como con otros usos menores y esporádicos, como flotadores para redes, tapones para ánforas y colmenas, entre otros.

No será hasta 1830 cuando la industria de tapones de corcho del norte de Cataluña, ante la creciente demanda de nuevos alcornocales para hacer frente a la creciente demanda, inicia la búsqueda de nuevos bosques, primero en Andalucía, pero también en Extremadura y Portugal, para proveer a sus fábricas. Espadán se mantendrá ajena a esta fiebre corchera hasta que en 1861, aprovechando la subasta pública de los montes propiciada por la desamortización de Madoz (1855), un empresario catalán adquiere la propiedad de todo el valle, para iniciar la explotación del corcho.

Se inicia desde entonces un periodo de aprovechamiento industrial del bosque del valle de Mosquera, lo que provocará una importante transformación paisajística del entorno. El hecho de que hubiera caseros en Mosquera todo el año podría parecer paradójico, máxime cuando la saca del corcho, el verdadero periodo crítico, se concentra en poco más de un mes de verano. Sin embargo, era tanto el interés y el valor de la producción que el objetivo principal de los sucesivos caseros era velar por el bienestar del bosque, para asegurar que estuviera en las mejores condiciones de conservación para, así, incrementar la producción de corcho y por tanto el beneficio. Son múltiples las acciones que se llevaban a cabo para asegurar dicho fin. La primera de ellas era asegurar una tala selectiva de árboles, solo aquellos muertos, ramas secas, caídas o desgajadas y, desde luego, cortar todos los pinos que hubiera en la finca. Como consecuencia de esta primera acción de tala, el valle era también teatro de operaciones de los carboneros. La labor del casero era de gran importancia, porque el interés del carbonero era talar el mayor número posible de árboles y, en cambio, la del encargado de la finca velar porque no se cortara ni una rama más de las necesarias. Solo el ojo atento podía asegurar que el carbonero no engrosara en demasía su estructura.

Otra de las tareas que se efectuó de manera sistemática en el valle fue el desbroce del monte bajo, principalmente boj, aliagas y enebros, para alimentar los hornos de cal de la cercana Soneja. Del mismo modo, durante los seis meses de invierno, aquellos que iban desde noviembre a mayo, se instalaba, de manera tradicional y desde antiguo, un ganado trashumante. Otra importante transformación se realiza en los alrededores de la masía, con el objeto de favorecer, mediante el abanalamiento del terreno, diversos cultivos de regadío y secano.

También se prepara toda una red de caminos por el que las caballerías puedan transitar para así recoger los fardos de corcho que los secadores han ido apilando en medio del monte en el proceso de descorche.

Por último, pero de manera no menos importante, todo el valle se divide en doce parcelas imaginarias, de tal modo que cada año se produce la saca en una sola de esas parcelas. Así se asegura una producción anual, que produce ingresos constantes para el propietario y trabajo cada campaña para el grupo de operarios.

Todas estas operaciones producidas en un valle que apenas se había explotado por el hombre hasta el inicio de su interés por parte de los productores de corcho para taponar de las fábricas del norte de Girona, provocaron enormes transformaciones en el territorio. La primera de ellas es que muy pronto nos encontramos ante un valle modificado por el hombre, en un bosque ahora solo de alcornoques, con ausencia de pinos. Otra de las características será la existencia de un bosque con estructura de dehesa, con ausencia de monte bajo, que deja grandes claros entre los árboles. Por último, el valle aparecerá surcado de caminos, tanto para los pastores, como para los sacadores, acarreadores y las mulas que bajarán el corcho hasta la base de la masía. El monte estará permanentemente recorrido por trabajadores que realizarán los diversos trabajos de mantenimiento y explotación de la finca.

4. Percepción del valle por parte de los locales.

Desde que la masía vuelve a ser ocupada, allá por 1868, ser casero de la finca era todo un privilegio al alcance solo de alguna familia escogida, de los allegados del administrador. Ser casero significaba poder trabajar la huerta que rodeaba la masía, así como tener un porcentaje sobre la venta de la almendra y principalmente el corcho que había en la finca. Todavía hoy los habitantes de la zona recuerdan la buena suerte que significaba ser casero de Mosquera, asociándolo a vida sin estrecheces ni penurias.

Por otro lado, los caseros eran quienes elegían, con el concurso del administrador, a los trabajadores que participarían cada año en la saca del corcho, todo un privilegio, pues este trabajo era uno de los pocos por cuenta ajena de la zona, en el que existía una remuneración en moneda, nada frecuente en una agricultura de montaña y subsistencia como era la de esta zona. Además, los salarios eran bastante generosos, en proporción con el boom del sector de taponar de corcho. Tan es así que todavía se recuerda como en los años 20 del siglo pasado, unos ladrones robaron la saca con la paga que se hacía efectiva en la casa, cada sábado, al conjunto de los trabajadores y que suponía una cantidad considerable.

El recuerdo, la imagen unánime de todos los vecinos de la zona sobre la finca era la de un lugar privilegiado, un entorno único, que bien pronto se convirtió en una referencia para toda la zona. También es reiterativo el recuerdo de los habitantes de los pueblos cercanos, al referirse a Mosquera como el destino para las comidas campestres familiares en ocasiones señaladas, Pascua principalmente. La abundancia de agua, de sombra y la posibilidad de comprar algún pollo o conejo con el que aderezar la paella campestre en la masía eran algunos de los alicientes añadidos.

Otros argumentos ayudaban a la creación de esta imagen de espacio especialmente atractivo. Uno de ellos era que el agua corriente llegó antes a la masía que a las casas de las poblaciones cercanas, lo que junto a la existencia de un primer piso, reservado para las escasas visitas de los propietarios de la finca, con mobiliario de época y paredes pintadas con filigranas, configuraban esa imagen idílica a la que hacíamos referencia.

Uno de los momentos que provocaban mayor excitación entre el vecindario era, precisamente, la llegada de los propietarios, una familia burguesa acomodada que residía en Barcelona. La familia llegaba a Mosquera en verano, para supervisar las tareas de descorche de los montes. Así lo recoge, en una escueta crónica de 19 de junio de 1929, el Diario de Castellón:

Huéspedes distinguidos.

Ayer llegó a nuestra villa (de Almedijar) con objeto de pasar una temporada en su pintoresca finca la masía de Mosquera, doña Dolores Mónico de Lluelles, acompañada de su distinguida y virtuosa hija Josefina. Bienvenidas y que su estancia en tan saludable y hermosísimo paraje de tan ricas aguas y tan puros aires les sea grata y provechosa.

La construcción de la nueva identidad del valle ya se constata con claridad en una época tan temprana como ésta, manifestándose aquí la imagen de lugar idílico que tanto contrasta con las descripciones poco prometedoras que Cavanilles realizó de estas mismas tierras doscientos años antes.

Sin embargo, con toda probabilidad, el momento de mayor efervescencia de Mosquera se producía el último día de la campaña de recogida del corcho, cuando se realizaba la fiesta final, en la que se repartía el último sueldo, generalmente acompañada de una propina, celebrándose a continuación una copiosa comida seguida de baile. Estamos ante un acontecimiento excepcional, que reunía a las personas más influyentes de los pueblos vecinos, a los sacadores y sus familias, así como a los caseros y propietarios, y a aquellos a quienes estos invitaran.

5. El abandono

Como ya anunciamos, en 1958 la masía dejó de estar habitada permanentemente. La modernización de los pueblos, con la llegada de la luz, el agua corriente, los electrodomésticos, así como el éxodo hacia las grandes ciudades, hizo imposible encontrar nuevos caseros para la finca. Mosquera inicia desde entonces una suave decadencia, que se irá acentuando con los años. Se abandonan los cultivos, tanto de secano como de regadío y la casa inicia una inexorable degradación. Ésta solo se abría para albergar a los sacadores en verano y, excepcionalmente, para alojar a los propietarios, único momento en el que los caseros

permanecían en la finca. Dejan de hacerse las fiestas del fin de la saca y los sacadores, enseguida, adaptarán un horario continuado de mañanas, volviendo diariamente a comer al pueblo.

Mosquera se despuebla, la alta frecuentación por parte de los distintos trabajadores, pastores, carboneros, sacadores, caseros, colmeneros, deja paso a un inexorable abandono, volviéndose al silencio anterior a la compra de la finca en 1861, con la única excepción de la saca del corcho en cortas jornadas estivales.

6. Mosquera en la actualidad

Desde 1998 Mosquera forma parte del Parque Natural de la Sierra de Espadán, con lo que se acentúa el compromiso por la protección de este entorno natural de tanto valor. Desde entonces, de modo paralelo, se han incentivado las visitas a este entorno, ahora llamado natural, por su alto valor ecológico y por custodiar “uno de los alcornocales mejor conservados del Parque”, según reza el folleto turístico sobre los principales lugares de interés del Parque Natural. Desde entonces, el valle recibe un más que importante número de senderistas, caminantes y aficionados del mountain bike, que recorren un territorio que ha pasado a ser el corazón del Parque, uno de los lugares mejor conservados y de mayor atractivo ecológico y botánico de todo el entorno.

Mosquera entra ahora, justo en pleno proceso de regresión y abandono, en las guías y los catálogos del Parque, así como en diferentes publicaciones que exaltan los atributos naturales de ese paisaje natural, sin que la mayoría sepa que nos encontramos ante un “jardín construido”, bosque-jardín o bosque-parque, en expresión de Laguna Lumbreras, quien se refiere al valle como “impresionante alcornocal” y “masa forestal monumental”.

Por otro lado, cronistas autorizados del lugar, como son las personas mayores de las poblaciones cercanas, pero especialmente las de Aín y Almedíjar consideran Mosquera como algo muy suyo, muy ligado a su identidad. Así he podido comprobarlo en las numerosas entrevistas realizadas a residentes en ambas localidades, a las que se les ilumina la cara cuando les nombro Mosquera. Para ellos, este nombre va ligado a un pasado glorioso, de esplendor, de magníficos recuerdos, del que fueron en cierto modo protagonistas, al participar de sus sacas de corcho, de sus fiestas o sencillamente de las excursiones que allí se hacían para disfrutar de los tiempos de asueto.

7. Conclusiones

El paisaje es el territorio que ha sido modificado y adaptado por la mano del hombre para adaptarlo a sus necesidades, modelando un espacio que etiquetamos, modernamente, como bello, digno de admiración, adecuándolo a nuestra búsqueda del paraíso perdido, de la imagen de una vida pasada, en contacto con la naturaleza, que es ya parte de la historia. La Sierra de Espadán, en general, y el valle de Mosquera en particular es un paisaje fuertemente antropizado desde antiguo y que, precisamente por esa continua adaptación respetuosa a las necesidades del ser humano que vivía en su interior, ha llegado en buen estado de salud hasta nuestros días. Como señala Mitchell (2007, 90) “los paisajes se crean, y se crean en las

relaciones sociales” y creemos que el espacio que nos ocupa es un claro ejemplo de esta construcción social. En un primer lugar los habitantes del entorno y ahora un número creciente de senderistas, caminantes y amantes de la naturaleza, etiquetan y consideran este enclave como un lugar mágico, sin saber que son sus antepasados quienes modelaron y configuraron este espacio. Cuando termina la propiedad comprada en el siglo XIX, termina abruptamente el bosque y se inicia un abanalamiento de las laderas, para aprovechar al máximo el terreno para el cultivo de cereales y árboles frutales. Mosquera se ha salvado, ha sido preservado, al haber sido objeto de una transformación especial, para un uso particular como es el aprovechamiento para la saca del corcho. Gracias a esa antropización, paradójicamente, la “naturaleza” ha llegado hasta nuestros días.

La clasificación de este entorno como Parque Natural parece proponernos un espacio en el que el primen las especies vegetales y animales sobre el hombre, cuando, precisamente, uno de los principales actores del enorme atractivo de este entorno es, precisamente, el ser humano. Así lo atestiguan los 19 pueblos que permanecen en su interior, indicándonos cada día la fuerte relación en Espadán entre el hombre y el medio.

Mosquera se constituye así como una fantástica paradoja, pues es un paisaje construido, en el que la mano del hombre ha dejado con claridad su huella, pero que aparece a la vista del visitante como un enclave primigenio, virgen, uno de los tesoros ignotos y ocultos que esconde el interior del Parque. Así lo refiere, por ejemplo, Cebrián, quien habla de Mosquera como “el santuario por excelencia del alcornocal y uno de los más bellos paisajes forestales de las montañas valencianas” o “una auténtica reliquia”. En términos similares se expresa Almerich quien nos describe el valle como “mágico, sublime”. Todos estos calificativos parecen querer llevarnos a un lugar que, de manera inexplicable, ha permanecido ajeno a los avatares humanos. Nada más lejos.

Nos encontramos ante una gran contradicción, pues el caso más relevante, el que despierta la mayor admiración de todo el espacio protegido es, aunque la mayor parte de los observadores lo desconozcan, un lugar modelado, modificado, por el hombre para aprovechar al máximo las posibilidades que el entorno ofrecía. No es así para el visitante, que percibe en él un espacio fuertemente salvaje y original. Gracias a esta modificación operada por el hombre, podemos disfrutar hoy día de este valle tan reconocido por todos los especialistas.

Mosquera es un paisaje “dinámico”, “vivo”. Su propia historia nos hace ver las diversas vicisitudes por las que ha pasado y, en la actualidad, sigue un proceso de cambio, del que apenas podemos sospechar sus resultados a medio plazo.

La interacción entre naturaleza y cultura, entre el medio y la acción que el hombre ha ido modelando en ella han hecho de este espacio un auténtico paisaje cultural, concepto que da un paso más, pues pone en valor, precisamente a la interacción humana con el entorno. En palabras de Bunce los “paisajes culturales son aquellos en los que los ecosistemas que los componen se han desarrollado a lo largo de muchos siglos mediante la interacción entre el hombre y el entorno”. Éste es el nuevo valor añadido que aporta nuestro espacio protagonista.

Sin embargo, Mosquera está ahora abandonado. La venta a un nuevo propietario y el abandono tanto de la masía como de la explotación del corcho han dejado el valle en una nueva situación, desgraciadamente más vulnerable, por ejemplo, a los devastadores incendios forestales que nunca atacaron la finca mientras ésta fue explotada para el corcho. El valle sigue cambiando, en permanente transformación, como todos los paisajes. En todo caso, esta porción de naturaleza es un legado de nuestros mayores, gracias a cuyo esfuerzo y trabajo, ha

llegado hasta nosotros este lugar que, hoy día, podemos catalogar de manera inapelable, como prodigioso. De nosotros depende trasmitirlo a las futuras generaciones.